

Primer Premio
- Categoría Infantil -

Título: Vacaciones con Don Quijote
Lema: Dulcinea de Villamiel
Autora: Angélica Sánchez Martín-Forero
Edad: 11 años

Vacaciones con Don Quijote

En Villamiel eran las vacaciones de verano y llegaron las fiestas. Había colchonetas, con la forma de un castillo; un tren de la bruja, con un dragón, brujas y vampiros; y otras variadas atracciones.

Entre todos los puestos, se había mezclado uno en el que se hallaban muchos trastos viejos: un espejo, cacerolas, jarrones y un montón de cosas más. Entonces, el vendedor empezó a decir a la gente que pasaba:

- No creáis que no valen nada... Mirad este espejo -dijo cogiéndolo- es mágico; si le destapo veréis a Don Quijote.

Y, diciendo esto, lo destapó. Todos pusimos cara de asombro. Allí vimos a Don Quijote y a su escudero, Sancho Panza. Algunos nos metimos en el espejo, y cuando él nos vio, paró rápidamente, se bajó de Rocinante y preguntó:

- ¿Quiénes son vuestras mercedes?

El Alcalde le contestó:

- Somos de Villamiel, y si vos queréis podéis venir con nosotros.

- Con mucho gusto -le dijo Don Quijote.

Así fue como volvimos a entrar por el espejo. Cuando la gente le vio se quedó sorprendida.

Don Quijote estaba asombrado con tantas luces y música.

Cuando vio los bailes que se estaban bailando, dijo con alta voz:

- ¡ay, si estuviera mi querida y sin par Dulcinea!

Se nos ocurrió engañarle; entonces escogimos a la mujer más guapa, la vestimos como Dulcinea y se la presentamos a Don Quijote.

Cuando la vio, se arrodilló ante ella; entonces Dulcinea -la mujer disfrazada de Dulcinea-, le dijo:

- He oído hablar de tí, mi amado; de todas tus aventuras y locuras.

Y diciendo ésto le cogió de la mano a Don Quijote, y le levantó. Le condujo hacia la plaza, allí pusieron música y se pusieron a bailar.

- Mi querida Dulcinea, -le decía Don Quijote- nunca pensé que os vería.

Todos nos reíamos por nuestros adentros. Cuando terminó la música, empezó a buscar un castillo; mi familia le dijimos que, si lo deseaba, podría venir con nosotros.

Cuando vio nuestra casa, gritó:

- ¡Dios mío, esto no es un castillo, sino una fortaleza!

Le enseñamos su habitación, para él y para Sancho, que iba con la boca abierta de asombro. Durmieron de un tirón. Cuando fue la hora de desayunar, le preguntamos qué quería su merced Don Quijote; cuando Sancho oyó algo de comer, contestó alegremente:

- ¡Yo magdalenas y leche!

- Sancho, sé más educado -le reprimió Don Quijote.

Nosotros le dijimos que no pasaba nada.

Cuando por fin desayunaron, recorrieron la urbanización de San Sebastián andando, pues el Rocinante y el Rucio, estaban comiendo paja en el patio.

Cuando llegó la noche, bajamos otra vez a la plaza para celebrar las fiestas del Santísimo. Allí nos esperaba Dulcinea, y Don Quijote se alegró de volver a verla.

Empeñó a tocar la banda de música; y Sancho se aburría, pues lo que él quería era divertirse.

Después de que tocase la banda, se pusieron las colchonetas y “El Tren de la Bruja”.

Cuando Don Quijote vio el castillo hinchable, quiso entrar en él. Pero al comprobar que se hundía dijo con mal humor:

- ¡Maldito el brujo Frestón, que ha convertido este castillo como si fuera algodón!

Después fue a ver “El Tren de la Bruja” y Sancho, al ver que su señor montaba, le gritó:

- ¡Ay mi señor, tenga cuidado porque puede pasarle algo! Porque él antes había visto cómo funcionaba, y le daba miedo que a su señor le pasase algo.

Pero Don Quijote no quiso hacerle caso, y se metió en uno de los vagones con su lanza y su escudo. A la primera vuelta apareció la bruja dando con la escoba, y él partió la escoba en dos; a la segunda salió un dragón echando fuego, y le metió la lanza en la boca y dejó de echar fuego; pero en la tercera vuelta se paró el tren.

Don Quijote se enfureció tanto, que saltó desde la vagoneta en la que estaba, hasta fuera. Sancho y Dulcinea le calmaron.

Luego fuimos a ver al vendedor para que nos diese el espejo, pues Don Quijote y Sancho panza tenían que volver.

Cuando nos lo dio, le dijimos a Don Quijote que nos siguiera, por favor. Él nos preguntó:

- *¿A dónde vamos, sus mercedes?*
- *A la Mancha -le contestó el Alcalde.*

Primero, para que viese que era seguro, entramos unos pocos mientras él exclamaba:

- *Si mis ojos no me engañan, esto parece cosa de brujería.*

Por último, entraron Don Quijote y Sancho, y así fue como nos despedimos de ellos.

Cuando llegó el colegio, les conté a mis amigos lo que me había ocurrido. (Por supuesto, se lo conté a los amigos que no estuvieron en Villamiel durante las vacaciones).

Ellos no me creían, hasta que planteé a mi profesor que fuésemos al Ayuntamiento para ver el espejo mágico. Lo destapamos, y allí vimos a Don Quijote y a su escudero Sancho Panza, de camino por la Mancha, por supuesto. La que hizo de Dulcinea no paraba de reírse, y tampoco se creía el papel que había hecho.

Cuando se fue Don Quijote, todos celebramos con gran alegría "EL IV CENTENARIO DE EL QUIJOTE". Lo sorprendente fue que cuando los niños vieron en realidad las aventuras y locuras de aquel personaje tan famoso, y que parecía tan aburrido, leyeron mil veces El Quijote. Tanto se divertían con él, que hasta a veces imitaban sus locuras de luchar contra gigantes, y rescatar princesas.

En esto estaban un día, cuando de repente, apareció un extraño personaje, alto, con un gorro y un viejo zurrón. Creyéndose con derecho a hablar con autoridad, se expresaba con alta voz y sin dejar de mirar arriba.

- *Os aconsejo que no leáis el Quijote; ¿para qué leerlo o representarlo?*

- Para muchas cosas -le recriminó el Alcalde-. Para conocer paisajes, aprender sus dichos y argumentos, y un montón de cosas más.

Lo que aquel personaje pretendía era que Villamiel dejase el Quijote por completo; ni más ni menos porque a él no le gustaba.

Cuando recibió aquella contestación, el extraño salió de Villamiel lo más deprisa que pudo.

A partir de aquel momento, nada ni nadie volvió a intentar quitarnos nuestras costumbres.

- ¡Viva Villamiel! -gritaba alguno.

- ¡Viva! -contestaban otros.

Era ya Navidad, y todos estábamos felices. Cantábamos, reíamos y sobre todo; leíamos. El colegio se llenó de toda clase de adornos; bolas, serpentinas y un montón de cosas más. El Belén ocupaba un sitio destacado. Pero este año hubo un adorno distinto: allí estaban, colocadas con chinchetas de colores, las fotos de la visita de Don Quijote y de Sancho Panza. Cuando las veíamos, cada uno se buscaba en la foto.

Y es que realmente este año las vacaciones de verano, con la visita de Don Quijote y su recuerdo, habían sido realmente todo un acontecimiento.

....

